



Entrevista

"No podemos seguir

María Inés De Torres

Entrevista central.

María Inés De Torres se doctoró en la Universidad de Pittsburg (EEUU) en 1997 en el marco del Programa de Estudios Culturales. Ha trabajado extensamente sobre temas tales como construcción de identidades nacionales, el rol de los intelectuales y la conformación de la ciudadanía en los proyectos modernizadores. Actualmente desarrolla actividad docente en la Universidad de la República y la Universidad Ort.

En la entrevista que sigue, pasamos revista a las problemáticas que inciden en la construcción de las políticas culturales, a la necesidad de crear una estrategia de país que incorpore a la cultura, y al debate postergado sobre los medios de comunicación.

Gerardo Mantero - Luis Vidal Giorgi.

–Leí en algunos de tus trabajos que rastreabas el posicionamiento de las políticas culturales por la década de los '90.

–Es cierto.

–Pero anteriormente, ¿se puede decir que no hubo políticas culturales?

–Yo creo que aun la ausencia de políticas culturales es una política cultural. Seguramente tú te referís a una especie de periodización con que yo trabajé, tratando de ver más bien los estudios sobre políticas culturales que las políticas culturales en sí: cuándo habían empezado a constituirse en objeto de estudio. Fue en la década de los 90 que empezó a imponerse más fuertemente, sobre todo cuando empiezan a surgir los debates, encuentros, en torno al tema de la identidad nacional. Aquellos libros que publicó el propio Hugo Achúgar con Gerardo Caetano sobre identidad nacional, mito, crisis, (...), tenemos una identidad, hay una identidad propia.

–Anteriormente ¿desde dónde se instrumentaban las políticas culturales?

–Desde el Ministerio de Instrucción Pública, como se llamaba entonces, que es creación del siglo XX. En realidad en la cultura existió una institucionalidad bastante difusa, y con bastantes asimetrías en cuanto a presupuesto. Recuerdo que en una de las primeras asambleas de la cultura se habló de sistema nacional de cultura. Está presente esa idea quizá no de centralizar pero sí de coordinar acciones, porque de hecho hay muchas cosas que están superpuestas, en ese sentido creo que sí faltaba, y falta quizás todavía, una institucionalidad más organizada.

–Pensando en el escenario uruguayo, te tiro tres grandes líneas: existe una tradición cultural importante...

–Sí, por supuesto.

–...Existe también una fragmentación social -los trabajos de Achúgar de alguna manera pusieron el asunto sobre la mesa- que configura otra realidad para repensar las políticas culturales. Y otro factor es el viejo problema de escala, un país en el cual, por su tamaño, el papel del mercado juega un rol menos importante que en otras sociedades.

–Sí. Yo no sé si es el papel del mercado el que cumple un rol menos importante. Justamente creo que el mercado cumple un papel muy fuerte. El que cumple un papel menor es el sector privado en cuanto a la participación en la vida cultural. Creo que el mercado efectivamente, la lógica del mercado, rige prácticamente todas nuestras vidas. El problema es que el sector privado, empresarial, con honrosas excepciones, no invierte en cultura. Creo que se han hecho avances, y ahora la ley de mecenazgo puede incentivar la participación privada. Siempre una inversión en cultura significa un alto grado de riesgo, y el empresariado uruguayo es muy conservador.

–Nos referimos al mercado pautado por la baja densidad de población, que determina el tiraje de los libros, los espectadores de teatro, de cine, el mercado del arte, etcétera.

–Desde ese punto de vista sin duda es un condicionamiento

–¿Cómo te parece que se pueden compatibilizar estas problemáticas y dónde pondrías el acento para el diseño de políticas culturales?

–No creo que haya que pensarlo en términos de consumidores excluyentes, ¿verdad? La persona que va al teatro, ve televisión, ve murga, va al estadio, puede ver ópera. Si bien cada uno puede inclinarse predominantemente por ciertas manifestaciones, no son públicos que deban ser pensados como excluyentes. El tema de un mercado reducido en cuanto a una población limitada, pequeña, nos lleva obligatoriamente a pensar en alianzas. En alianzas y también en desarrollo de sectores estratégicos. Al decir alianzas me refiero, por ejemplo, al caso del cine. Yo creo que es bueno establecer parámetros de negociación que permitan hacer coproducciones con el exterior. Porque si apostamos, por ejemplo hablando de cine, sólo al mercado uruguayo, es muy difícil desarrollar un cine nacional. Pero eso no es tampoco privativo de Uruguay. Tampoco el cine de Hollywood podría subsistir si no existiera una política cultural. Si no tuviera una pujante estrategia de inserción. El país que más niega la existencia de políticas culturales, como es EE.UU, tiene en cambio una fuerte política dominante. Es una política cultural bien clara por más que niegue la existencia de políticas culturales. En cuanto a la fragmentación social, para mí es uno de los problemas más importantes, bueno, ya no sólo referido a las políticas culturales sino a la sociedad uruguaya en su conjunto. Y yo creo que, paradójicamente, es ahí donde las políticas culturales pueden cumplir un rol más importante. El discurso, digamos, generalizado es que la cultura es como la frutilla de la torta. Pero a mí me gusta siempre repetir la frase que expresa que el capital cultural es el único capital que cuanto más se usa, más se tiene, a diferencia de otros capitales. Vos cobrás el sueldo, a los 15 días no tenés más nada, se gastó, ¿verdad?. El fomento de las actividades culturales, la promoción de los bienes culturales, es capaz de recrear lazos sociales y reconstituir los puentes de una sociedad que, como la uruguaya, al igual que sucede en otros países, está tremendamente fragmentada. O sea, la posibilidad de pensar en colectivo, de pensar en torno a valores de comunidad, de afianzar la confianza interpersonal, está muy quebrada. Y la cultura es capaz de recrear esos vínculos, porque es un espacio en donde la razón, la imaginación, la creatividad, tanto a nivel de comunidades pequeñas como de comunidades más grandes, proporciona justamente ese espacio ciertamente lúdico de encuentro, de comunicación, que es capaz de reconstituir lazos sociales. Una sociedad con una trama social fuerte es como una tela, como una malla fuerte, capaz de soportar golpes -desde dictaduras a crisis económicas- de manera mucho más saludable social y políticamente que una sociedad fragmentada.

–Ahora, ¿cómo se aborda esa problemática?

–¿Desde qué lugar?

–Desde la mirada antropológica: los consabidos temas de la diversidad, la alta cultura, la cultura popular, ¿cómo se articula y en qué dirección?

–Son discusiones que se dan entre la clase media, que somos, obviamente, una elite. Nos costará comprar libros pero podemos acceder a un libro, podemos ir a un cine. Creo que por lo menos entre la población más joven -lamentablemente la población de hoy no es joven- eso no es vivido de modo tan tabú como entre la población más envejecida. Creo que la discusión

entre lo culto, lo popular y lo masivo, y el valor estético de cada una de las cosas, es vivida por los jóvenes de un modo bastante más desproblematizado que por las generaciones mayores, que apuntan mucho más a excomulgar o discriminar determinados productos o bienes o servicios por considerarlos no culturales. Ahora, cuando vos me preguntás cómo se aborda, desde qué lugar, la respuesta para mí comenzaría por definir lo que debe ser una política cultural. Porque yo podría decir cómo la abordo yo como profesora, o cómo la puede abordar alguien desde su barrio, desde su comunidad. A mí me importa mucho la reflexión, digamos, que debe preceder a la implementación de las políticas. Porque si no tenemos claro más o menos cuáles son los objetivos se van tomando distintas acciones, que de pronto complacen a algunos y a otros no. Creo que las políticas culturales, en primer lugar, deben ser políticas en las cuales –tanto para su formulación como para su implementación– amplios sectores deben participar. O sea, no deben ser sólo políticas estatales, sino políticas en las que participe el sector privado, las organizaciones de la sociedad civil y en las que participe la ciudadanía. Aquí hay pocas organizaciones de consumidores culturales como sí hay en otros países, que de pronto deciden hacerle un boicot a un programa de televisión. Creo que el Estado sí tiene un rol indelegable, que es el de garantizar cierta equidad en la distribución de los recursos materiales y simbólicos. Porque eso no lo puede hacer el mercado, no lo puede hacer el sector privado, no lo puede hacer la ciudadanía, nosotros miramos cada uno. El Estado tiene que ser, a mi juicio, aquel que garantice. Y para eso precisa diagnósticos previos. Una de las cosas que se ha empezado a hacer -pero en lo que todavía falta avanzar- es determinar dónde están las desigualdades. Desigualdades que a veces son geográficas, por ejemplo entre Montevideo e Interior; desigualdades entre las distintas manifestaciones artísticas, entre ultrapopulares y masivas, y tratar justamente de contrabalancear, ver dónde están esas deudas pendientes. Incentivar esas áreas. Y no digo penalizar, no estoy de acuerdo en la intervención del Estado para prohibir o censurar. Pero sí es necesario establecer incentivos positivos para lograr que ese desequilibrio, que el mercado produce de por sí, se logre aminorar, atenuar lo más posible. Hubo un momento en que la música popular estaba bastante dejada de lado. Pero en la dictadura y en todo el período de la transición democrática, tanto el teatro como la música popular tuvieron un resurgimiento muy importante. Luego, en democracia, la murga, por ejemplo, adquirió una preponderancia muy destacada. Y hay gente que ahora dice: ¡ah, pero estamos cansados ya de murga! Bueno, ahí tenés un instrumento como para medir un poco por qué es necesario equilibrar. Y tampoco podemos penalizar a quien le guste la ópera.

–Las problemáticas culturales en la contempo-raneidad están pautadas por complejidades difíciles de desentrañar: el tema de la globalización, de este mundo virtual, de esta comunicación sin límites que además plantea problemáticas concretas. ¿Cómo se para un país chico ante un mundo que de alguna manera también lo condiciona?, ¿es un tema del Ministerio de Cultura o lo excede?

–No, claro, lo que pasa es que además el Ministerio de Cultura está limitado por su estructura, por su presupuesto, por la falta de finanzas... Coordinando con otros ministerios, de pronto... Las políticas culturales no necesariamente emanan únicamente del Ministerio de Cultura. Ahora, ¿qué es lo que se puede hacer? Claro, porque está el miedo, la incertidumbre respecto a dónde va a quedar la identidad uruguaya ante la «amenaza de la globalización». Sí, porque efectivamente, como decís, el tema de la globalización trae el tema de las nuevas tecnologías, que es maravilloso pero al mismo tiempo presenta desafíos para los países o las comunidades más pequeñas, porque es muy difícil de regular. Mirado en términos de país, ya no de políticas culturales específicas, yo creo que Uruguay debería diagnosticar áreas estratégicas en las que necesite trabajar y en las que le permitan insertarse en este mercado global. Otros países pequeños lo han hecho. Eso no quiere decir que deba desalentar o sacar toda la financiación destinada a otras cosas. Pero nosotros no podemos seguir siendo puros exportadores de carne, hablando en sentido metafórico también, de productos crudos. Necesitamos incorporar el valor agregado que es nuestra cabeza, nuestro capital cultural, y poder diagnosticar no en términos puramente culturales. Por eso creo que tiene que haber una sinergia entre políticas económicas, políticas industriales... En qué sectores, por ejemplo -yo no soy experta en la materia-, se ha hablado del tema del software. No lo sé. Diagnosticar en qué áreas estratégicas Uruguay puede llegar a interactuar cabalmente, exportando algo que no sea el churrasco, sino que sea un producto con valor agregado importante. Yo pienso que efectivamente por el nivel

educativo del país, por el capital que tenemos en nuestra cultura, existen posibilidades de que muchos contenidos puedan volcarse en formas tecnológicas nuevas.

–Pero estás enfocando el asunto del lado de la productividad. Ahora bien, también hay un factor ideológico en las políticas culturales.

–Por supuesto.

–Hay diferencia entre los partidos y, lógicamente, en cuanto a políticas culturales, ¿en qué se basan? Segunda pregunta: ¿desde el punto de vista ideológico, cuál sería para vos el posicionamiento de Uruguay, las líneas inspiradoras, para delinear cómo queremos insertar el hecho cultural.

–Yo hace diez años, justamente, organicé en el Paraninfo –previo a las elecciones– una mesa redonda de todos los partidos. De puro atrevida, mandé una carta a cada uno de los candidatos invitándolos a realizar un debate en torno a las propuestas programáticas de los partidos políticos en materia de políticas culturales. No podían decirnos «no tenemos propuestas». Yo había revisado ya los programas y veía que el tema siempre estaba al final de los documentos.

–¿Eso sucedió en el año '90?

–Fue en el 89. Y comprometieron su asistencia tales y cuales sectores. La idea era: vengan ustedes, los candidatos, o manden a alguien; pero nosotros queremos saber cuál es la propuesta. Y se realizó precisamente en el Paraninfo, en la Sala Maggiolo. Asistieron Tomás de Mattos por el Frente Amplio, Margenat por el Nuevo Espacio, Mercader por el Partido Nacional y Samuel Lijchtenstein por el Partido Colorado. Y como comentaristas participaron Hugo Achúgar y Claudio Rama, dos figuras que desde distintos espectros ideológicos han trabajado el tema de las políticas culturales. Fue un poco un modo de tratar de establecer un desafío y aproximarse o de obligar, por lo menos, a hacer explícito esto que tú decís: lo ideológico. Y yo te diría que, en realidad, cuando se habla de cultura parece que todo el mundo discursivamente coincide. O sea, todos estaban de acuerdo con que, por ejemplo, había que rescatar la Biblioteca Nacional, y todos estaban de acuerdo con que la gente tenía que participar. En cultura pasa algo diferente a lo que sucede en otras áreas, hay un corte, un imaginario de clase media, que atraviesa los partidos políticos. Y en general, si hablamos de las tres grandes fuerzas políticas, hay una idea de que la alta cultura debe ser apoyada. En los hechos ya es un poco distinto. Yo creo que el Frente Amplio realmente ha hecho cambios y creo que son cambios buenos. Creo que ya los hizo desde la Intendencia. No estoy diciendo que esté todo salvado, porque hay mucho por hacer; creo que la gestión de Gonzalo Carámbula fue una gestión muy interesante en ese sentido, me parece que abrió una cantidad de posibilidades y caminos nuevos, y entabló diálogos con distintos actores que hasta ese momento no habían sido tenidos en cuenta. Mi opinión es que la gestión desde la Intendencia, y luego la gestión de este período en el Ministerio con limitados recursos y la estructura institucional bastante problemática que tiene –como dijimos– ha hecho cosas. Creo que fue bueno haber abierto la puerta a gente joven, que por supuesto cometió errores, como tenemos todos, pero yo prefiero ver gente joven con ideas nuevas, incluso ideas con las cuales yo puedo estar en desacuerdo... La Dirección de Cultura tenía una estructura bastante esclerosada, bastante tradicional, bastante difusionista, y creo que eso cambió. Es cierto también que el período de Lowy fue un período en el cual también se hicieron cosas interesantes, por ejemplo todo el tema de gestión cultural se empezó a agitar, por decirlo así, durante su gestión. Y yo creo que actualmente se han hecho cosas. Que quedan muchas cosas todavía como deuda, sí, sin duda. Todavía hace falta cambiar mucho la cabeza de la izquierda en relación a la cultura, la cabeza de todos. Pero también quiero tratar de ser equitativa, digamos, y por ejemplo, en el Seminario de Institucionalidad una de las cosas que se discutió, y que a mí me parece que tendría que ser tan clara y no lo es –y no pasa sólo en cultura, pasa en otras áreas–, es el hecho de que las políticas culturales no tienen que ser políticas para el hacedor cultural, por decirlo así. Y eso, por ejemplo, es una cosa que el Estado tiene que dejar clara: esto sí tiene que ser el Estado quien lo deje claro. Las políticas de la salud no pueden ser para los médicos, las políticas sociales van dirigidos a la gente. Porque por supuesto que los médicos tienen que participar en la discusión sobre cuáles van a ser los objetivos, porque hay algo que ellos saben y que los políticos no saben; pero el objetivo de las políticas de salud no puede ser mejorar, no sé, el salario de los médicos. Y creo que la cultura

uruguay está enferma de corporativismos. Eso es una de las cosas que conspira también contra la solidez del tejido social.

–Si pensamos en el Uruguay del futuro tenemos que ubicar el rol de la Universidad.

–Sí. Yo diría que el rol de la Universidad tendría que ser fundamentalmente de formación y de investigación. Se necesitan diagnósticos, se necesitan proyectos, se necesita monitoreo de los proyectos y se necesita evaluación del impacto de esos proyectos. Porque si no sabemos cómo funciona tal cosa, volvemos otra vez a hacer lo que metafóricamente se expresa en que cada vez que asume un nuevo gobierno tira abajo, por ejemplo, la estructura de la sala del MEC de San José y pone una cosa distinta. Debería acumularse lo realizado. La formación en artes es también central y creo que tanto las artes como las humanidades son el reflejo también de lo que es el mundo contemporáneo; la universidad no ha escapado a eso. No estoy hablando del rectorado actual, al contrario... Estoy hablando de algo que viene de más atrás. Viene de un mundo en el cual las ciencias duras, la economía, en fin, tienen mucho peso, y todo lo que tiene que ver con las humanidades y las artes es relegado. Lo podemos ver hasta a nivel presupuestal, en la distribución de los presupuestos de las facultades. Yo creo que ahí hay una discusión pendiente y una deuda pendiente. Creo que este rectorado está haciendo -lo digo porque conozco algunos- proyectos que implican cambios importantes. El esfuerzo para concretar el proyecto de la facultad de Artes se hizo básicamente desde adentro.

–¿Y qué hacemos con los medios de comunicación y su incidencia cultural?

–Bueno, ése sí es un debate que no está dado. El debate mayor al que hemos logrado llegar es al de los medios comunitarios, que es importante en la medida que los involucrados han logrado generar consensos y seguir adelante. Ahora, lo fuerte que son los medios, las grandes empresas de los medios de comunicación, hace que ese debate -que es muy duro- no se haya dado todavía. Y yo creo que es una cuenta pendiente. Me hago cargo de que es muy difícil, que involucra a empresas muy influyentes, pero también es un hecho incontrovertible que las ondas pertenecen al pueblo y al Estado, o sea el Estado que somos nosotros.

–¿Está omiso el Estado en cuanto a los medios de comunicación?

–Yo diría que en los hechos sí. Es cierto que es un tema en el cual yo no quisiera estar actuando, pero pienso que tarde o temprano, y ojalá más temprano que tarde, se debe actuar. Quizá era un tema muy pesado para un primer gobierno, aunque sí había expectativas de que se produjera un cambio importante. Hay que dialogar con los empresarios, pero llamarlos a las mesas de diálogo y generar ciertas pautas en base a esa premisa específica. Es decir: está muy bien la rentabilidad, está muy bien que sea una empresa, pero tienen que cambiarse ciertas reglas del juego y creo que ahí el Estado, otra vez, tiene el rol del garante, del Estado. Pero dialogando cordialmente, debería abordarse la discusión sin ánimo de confrontaciones críticas, sin ánimo de poner en el paredón a nadie, porque es gente inteligente, es gente que tiene que darse cuenta que, hasta por un criterio de sensatez, hay cosas que tienen que cambiar.

–Pero en ese aspecto parecería que hay cosas bastante claras. Una, la que vos decías, que las ondas son patrimonio de la humanidad. Otra es la incidencia cada vez mayor en la educación y en la formación de la gente de los medios de comunicación.

–Bueno. Dos cosas. El argumento de que ellos pasan lo que la gente quiere ver es un argumento totalmente falaz. Yo siempre pongo el ejemplo, yo soy una gran consumidora de telenovela brasileña. Y también de telenovela argentina en mis años más mozos. Y por ejemplo, en relación a la telenovela, se vio claramente que la telenovela argentina, que era en general bastante mala frente a la telenovela brasileña, dio un giro interesante cuando entró al género Adrián Suar con un producto distinto y de mejor calidad de lo que era el teleteatro tradicional argentino, con una honda más costumbrista... Yo me acuerdo que en aquel momento entré en contacto con el fenómeno Suar con «Gasoleros». Era una telenovela donde había incluso cuestionamiento de los roles masculino y femenino, porque la mujer era taxista, el hombre lavaba los platos, había una onda teatro costumbrista también, porque estaba la cuestión de la casa, del mate, etcétera. Pero era muy superior a las telenovelas de los villanos; de los buenos, los malos y de quién son los hijos. El cambio fue tan importante en la industria del teleteatro porteño que, a los pocos años –y esto lo escuchaba yo en una charla de un productor

argentino que vino a Uruguay-, todos los canales estaban pidiendo telenovelas como las de Suar.

-El Estado tiene entonces que dar el paso inicial y llamar a una mesa de diálogo, ¿verdad?

-A mesas de diálogo. Pero incluso más, a mesas de diálogo públicas. Yo quiero escuchar lo que digan, ¿verdad? Que me digan, supongamos, por qué sí Tinelli; yo quiero escuchar, porque estamos hablando de personas inteligentes.

-Tal vez el tema tiene que venir desde abajo...

-Bueno, en otros países hay asociaciones de consumidores de televisión, aquí no las hay.